

INFLUENCIA DE LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN Y LOS ESTEREOTIPOS DE BELLEZA EN LOS JÓVENES UNIVERSITARIOS

Heidi Angélica Salinas Padilla*

Cuando hablamos de los estereotipos de belleza en los jóvenes universitarios, no se pueden dejar de lado varios aspectos que es necesario tener en cuenta. Por un lado, la dificultad para encontrar fuentes apropiadas al tema que nos ocupa, de ahí que tengamos que basarnos en las manifestaciones artísticas como elemento esencial que recoge el desarrollo de la estética. Por otra parte, no podemos olvidar que el arte es también reflejo de una determinada mentalidad, difusora de ideología, generalmente ligada al poder y a una clase social determinada.

De la prehistoria conocemos ciertas representaciones artísticas que funcionan como un espejo que permite conocer las características de vida de los habitantes de esta época. En este periodo las representaciones artísticas que se han conservado nos dan la imagen de mujeres caracterizadas por el abultamiento de los senos, vientre y caderas; con estas formas tan marcadas lo que se quería representar era el culto a la fecundidad, tanto de las propias mujeres, como de la tierra encarnada en ellas. (Venus de Willendorf).

Las representaciones masculinas son más escasas. Los hombres son presentados de forma esquemática y siempre relacionados con las actividades consideradas propias de su sexo.

Por otra parte, en las grandes civilizaciones antiguas de Grecia y Roma se produce una evolución en los cánones estéticos, representados por las diferentes etapas que recorren las civilizaciones analizadas.

En este periodo las figuras masculinas son las más representadas, predominan los desnudos donde se hace una exaltación al cuerpo, haciendo estudios de anatomía con ellos. El desnudo masculino es frecuente encontrarlo desde las primeras manifestaciones del arte griego y romano.

Por el contrario, las figuras femeninas son menos representadas. En un principio las mujeres aparecían con los cuerpos cubiertos de un manto que insinuaban sus formas, pero no la demostraban totalmente. Los desnudos femeninos aparecen para responder al modelo clásico de belleza y a la idealización de los cuerpos, como lo es la Venus de Milo, cuya estructura es una figura delgada, canon alargado, cuello bastante grande y rostros fríos y estereotipados, rasgos que se suelen repetir constantemente.

La cultura griega se ve marcada generalmente por la tendencia a la representación de figuras masculinas jóvenes, enmarcando la belleza corporal de los atletas, más que la belleza femenina. Este hecho está relacionado con la generalización de las relaciones homosexuales masculinas, las cuales se dan con toda normalidad entre los grupos sociales más privilegiados.

Roma por su parte es en gran medida heredera de la tendencia griega, aunque con algunas variaciones dada la influencia que le viene de otros lugares. Así, en un primer momento, las figuras masculinas tienen grandes similitudes con las estudiadas anteriormente, pero a medida que se produce la caída del Imperio Romano por la invasión de los pueblos germanos, éstos van imponiendo otros modelos estéticos, van apareciendo hombres con el cabello más largo y con barba, cosa que no había ocurrido hasta el momento.

En la época de la Edad Media nos encontramos con un periodo de la historia marcado por un fuerte sentido religioso, oscurantismo, atraso ideológico y teocentrismo que va a regir todas las manifestaciones de la vida pública. Las representaciones humanas van a escasear en el arte, quedando reducidas al campo de lo místico y lo religioso.

Cuando aparecen imágenes alusivas a la mujer, éstas vienen a identificarse con la “Virgen”, la madre de Dios; por tanto, para ellos la única función de la mujer es la de dar vida.

No aparecen representadas las figuras, tanto masculinas como femeninas, desnudas, ya que existe un elevado control “moral” por parte de la Iglesia.

El ideal de belleza va a responder a lo que más se acerque a Dios. Sólo van a haber imágenes de santos, vírgenes o escenas de la pasión de Cristo, unidas a las de los reyes que son representantes de éste en la tierra.

En la Edad Moderna, aproximadamente en el siglo XVI se supone el inicio de un cambio en los gustos estéticos femeninos y masculinos posterior a un periodo de ignorancia y ocultación de los placeres mundanos. Se inicia de nuevo un proceso de recreación de la capacidad de la persona como generadora de vida. El ideal de belleza masculino es la representación en todo su esplendor. Los cuerpos se idealizan. En los trabajos sobre desnudos se hace una exaltación de las proporciones humanas, los rostros son idílicos, buscando la perfección y la ocultación de los sentimientos. Como ejemplo de ello tenemos como principal representante al David de Miguel Ángel.

Las figuras femeninas vuelven a ser estilizadas y a representarse totalmente desnudas. La mujer tiene dos dimensiones: por un lado, la de madre, que no es representada; por el otro, la del deseo, la frivolidad, los placeres paganos, simbolizados con desnudos de mujeres totalmente perfectas y rostros inexpresivos. Ejemplo de ello es “la Venus” de Boticelli.

Todo el alarde de armonía y equilibrio decae en el siglo XVII y su movimiento artístico conocido como barroco. En esta época renacen los valores religiosos y morales, en consecuencia en los países donde se desarrolla este movimiento se va a dar de lado a la representación de las figuras humanas tal como son, tendiéndose más hacia la vertiente espiritual.

En contraparte Rubens, el cual sigue creando figuras humanas desnudas, pero huyendo del “equilibrio” reinante en el Renacimiento. Sus mujeres, educadas en iguales situaciones que antes, poseen una estética diferente, aparecen gruesas, carnosas y sensuales, tal y como las representa en “Las tres gracias”. Los hombres, por su parte, son corpulentos y perfectamente constituidos.

Durante el siglo XVIII, vamos a asistir al desarrollo del neoclasicismo, donde se vuelve la vista hacia las composiciones de la época clásica, caracterizadas por el equilibrio de los desnudos tanto masculinos

*Docente en la Dependencia Área Educación y Humanidades de la Universidad Autónoma del Carmen.

como femeninos, aunque éstos aparecen con toda asiduidad como en etapas anteriores.

Llegados al siglo XIX y XX se experimenta una agitada sociedad europea que clama por el triunfo de la burguesía, el arte se convierte en un arma de la clase social en ascenso.

La mujer, en este periodo, es algo más que un modelo estético, es la madre y la patria al mismo tiempo. Puede aparecer desnuda o semidesnuda, pero representa en cada momento algo más que un cuerpo perfectamente constituido.

Durante los siglos XIX y XX se va a producir uno de los cambios más significativos de los modelos estéticos. Las figuras humanas van a ser parte esencial de las manifestaciones artísticas (Renoir), pero en muchas ocasiones van a aparecer distorsionadas; vistas desde la subjetividad del artista que trata de expresar con sus obras estados de ánimo; de ahí que se alejen de la reproducción de la realidad (Picasso "Señoritas de Avignon").

Ahora bien, hasta este momento hemos hecho referencia de los cánones de belleza de nuestra cultura, o más bien dicho a los que hemos sido sometidos por conquista cultural e ideológica, sin embargo es necesario presentar otros paradigmas, los cuáles nos dejarían atónitos ante el ideal de belleza que existe en cada una de ellos. Algunos ejemplos de otros paradigmas diferentes se ubican en algunos pueblos de Birmania; ahí la belleza se mide por los aros que se consigán colocar en el cuello de las mujeres, que puede alcanzar incluso 25 centímetros, hasta deformarlo por completo (les llaman las mujeres jirafa), de modo que si llegasen a quitárselos, se les romperían los huesos del cuello.

La mujer tuareg es valorada según el número máximo de michelines que consiga acumular en el vientre.

A las adolescentes de Papua Guinea les estiran los pechos para dejarlos caídos; así tendrán más posibilidades de casarse. Las etíopes deforman sus labios con discos de arcilla.

Las Txucarramae se afeitan la cabeza. Otras se liman los dientes; en otras tribus se estiran las orejas con peso o permiten que les venden los pies desde pequeñas, con la excusa de la belleza de los pies pequeños, impedir su movimiento. El canon, visto así, parece un catálogo de torturas, de las que no está exenta nuestra cultura occidental, aunque utilice otros medios. Y no muy distintos, pues qué otra cosa que tortura es la perforación de las orejas para colocar pendientes, los tatuajes, los *piercings*, el hambre en las dietas, incluso los tacones, que producen daños en la espalda.

Situándonos ya en el siglo XX, estos movimientos vanguardistas van a convivir con la aparición de uno de los descubrimientos que más van a influir en la difusión de una determinada imagen estética, la fotografía. Este invento permitió poder llevar a un mayor número de lugares una misma reproducción, con todo lo que ello suponía en cuanto a aceptación de ideas y homogeneización de conductas.

Unido a ello, lo que va a constituir el gran boom del siglo XX es la aparición del cine, imágenes con movimiento que presentaban papeles de la vida misma y con los que el gran público se identificaba.

Desde los inicios del cine los modelos que han llegado a la calle han sido asumidos, imitados e, incluso, adorados. Desde el Rodolfo Valentino que popularizó la imagen de hombre seductor y duro, pasando por el Bogart de imagen despiadado, papel en el que la mayor parte de



los hombres de la época querían verse, hasta llegar a la actualidad donde un Travolta hace vestir a los jóvenes de hace unos años con brillantina en la cabeza y cazadora negra, o el popularísimo Harrison Ford logra que gran parte de los hombres dejen de rasurarse diariamente, para lograr la incipiente barba que popularizó el famoso Indiana Jones.

Pasando a la figura femenina podemos constatar que, sin lugar a dudas, han marcado los modelos estéticos y asumido los roles que tradicionalmente se les asignan a las mujeres.

Cuántas mujeres no han soñado con la que ha constituido el símbolo sexual de este siglo: Marilyn Monroe. Este es el modelo que ha perdurado hasta nuestra época, ya que la imagen que nos transmite el cine es la de mujer perfectamente constituida y hermosa, deseada por hombres y envidiada por las mujeres, ya que éste, el cine, ha sido un producto dirigido esencialmente a los hombres. A las mujeres se les ha considerado posible mercado en los últimos tiempos, cuando han comprendido que no sólo son objeto de deseo sino también sujetos del mismo.

Es evidente que el canon de belleza física humana tiene la peculiaridad de cambiar con el tiempo, la pregunta es por qué se da este fenómeno.

El psiquiatra Luis Rojas Marcos preocupado por lo que él llama tiranía o dictadura de la belleza que hace que un 80 por ciento de las mujeres occidentales se sientan insatisfechas con su cuerpo y hasta un 20 por ciento ha pasado ya por el quirófano a remodelar su figura no duda en señalar que el prototipo de belleza de la mujer delgada, causante de los trastornos de la anorexia y la bulimia, está promovido por la industria de la belleza, que genera millones de euros y que está controlada por hombres. La obsesión por la imagen, declara el psiquiatra, ha ido impidiendo en muchos casos que la mujer pueda desarrollarse social y culturalmente, de modo que es la moda lo que provoca la tiranía de la belleza a la que está sometida, sobre todo, la mujer.

Los cánones de belleza han sido casi siempre impuestos por los hombres. Regularmente a la mujer se le asocia con la función de tener hijos, cazar marido, hacerse cargo de las labores de la casa y complacer sexualmente al esposo. Para ello desde la adolescencia tuvo que acicalarse para gustar al hombre, el cual diseñó su estética e incluso su comporta-

miento. El hombre en tiempo atrás siempre alabó más su aspecto físico que su capacidad intelectual y una mayoría de mujeres se esclavizó: es la tiranía de la moda, la dictadura de la belleza, la que ha producido un índice tan elevado de personas insatisfechas con su físico, mujeres que por cientos de miles visitan los gabinetes de cirugía plástica.

Los cánones o patrones de belleza, variables y pasajeros, han respondido a motivos sociales y económicos. Así, por ejemplo, las mujeres ricas de antaño debían ser gordas para demostrar que no tenían por qué trabajar y que comían abundantemente. Hoy día, en los países desarrollados, la obesidad es considerada una especie de epidemia que provoca miles de muertes debido a enfermedades derivadas del exceso de peso. Y eso no vende. Lo que hoy tiene éxito y se vende es un cuerpo delgado, ágil y esbelto que demuestre a los demás que puede consumir alimentos escogidos y tiene tiempo suficiente para ir al gimnasio o hacer deporte.

Siempre ha habido motivos ocultos detrás de cada prototipo de belleza: si se quiere incrementar el índice de la natalidad el ideal de belleza se forma con caderas anchas y pechos grandes; si se quiere ostentar la condición de clase social dominante se muestra la gordura en tiempos de hambruna o crisis; si se quiere mostrar cuidado de la imagen, selección de alimentos, exaltación de la juventud y tiempo libre para cuidarse físicamente se muestra un cuerpo con unas dimensiones de 90-60-90 con cabellos rubios y aspecto frágil, o cuerpos delgados, casi infantiles; si se quiere mostrar dinamismo, fortaleza física, aventuras y exploraciones varias se presenta un cuerpo más musculoso y una tez más curtida.

El canon de belleza femenino tiene una fórmula clave: el culto a la imagen. Se trata de una figura esbelta, altura superior a la media, apariencia deportiva sin incurrir en lo atlético ni excesivamente musculoso, piel tersa y bronceada, ojos grandes, nariz pequeña, boca grande y labios gruesos, medidas publicitarias (90-60-90), senos firmes, simétricos y sólidos, vientre liso, pelo largo (a partir de los 50 también corto), piernas largas y torneadas y, sobre todo, tener menos de treinta años. La eterna juventud se ha impuesto en la estética: la figura firme, la forma intacta y el resto de la vida por delante para cumplir los grandes sueños.

Dentro de nuestra cultura occidental y a grandes rasgos, podemos decir que sólo a partir de la época clásica puede hablarse de verdaderos cánones estéticos.

La belleza femenina produce riqueza, las modelos y actrices de nuestro siglo requieren cumplir con una serie de características físicas que les permitan cumplir con unos estereotipos de belleza, delgadas, explosivas, guapas, aniñadas... La cirugía estética está contribuyendo a la creación de estos estereotipos, ya que cuando una actriz o modelo necesita retocar una parte de su cuerpo para encajar aún más en el modelo de belleza preconcebido, acude a estas técnicas. El resultado de esta estandarización de mujeres son problemas psicológicos en una parte de la población, ya que en muchos casos la belleza de estas mujeres no es real, y por tanto es inalcanzable, lo que provoca importantes trastornos.

Además, la belleza en la sociedad actual se impone como el valor más importante. Ser guapo o guapa abre puertas, y al contrario, carecer de atractivos físicos cierra posibilidades a los jóvenes. Las personas no deben madurar, deben permanecer eternamente jóvenes y cuidar sus físicos al mínimo detalle. Esto provoca una situación insostenible, que degenera en modelos cada vez más jóvenes, con carreras profesionales cada vez más cortas.

El cine, la publicidad y la música dependen de estas bellas estrellas prefabricadas y retocadas para el éxito de sus producciones o productos.

Es oportuno destacar que los estereotipos de belleza actual aquí descritos, han hecho uso de los medios masivos de comunicación para

llegar a los grupos más vulnerables, hablamos de los jóvenes, quienes de acuerdo a investigaciones realizadas son los más expuestos a ellos, ya que pasan alrededor de 21 horas semanales viendo la televisión. Refiriéndonos específicamente a México, la maestra Olga Bustos Romero, investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y experta en estudios de género, señala que los estereotipos para mujeres difundidos por los medios de comunicación se refieren siempre a mujeres forzosamente bellas, seductoras e “hiperdelgadas, venden imágenes muy alejadas de la realidad”, lo que conlleva a que más mujeres sientan insatisfacción con su imagen corporal. El género femenino es constantemente bombardeado con imágenes que refuerzan el ideal de delgadez por sobre los demás valores.

Rodrigo León Hernández, jefe del área de investigación de la Fundación “Ellen West”, explica que estos patrones revelan una enfermedad de índole mental, de origen psiquiátrico y psicológico, además del componente sociocultural, y tienen que ver con el rechazo o el miedo patológico a la gordura, lo que las lleva a realizar conductas que ponen en riesgo su vida.

“Los medios difunden ideales que promueven la silueta delgada de la mujer como sinónimo de belleza y éxito; las adolescentes en búsqueda de una identidad se enganchan más fácilmente a los prototipos que les son presentados”, explicó el experto.

La maestra Bustos realizó una investigación, la cual reveló que el 45 por ciento de las mujeres se interesa por las características físicas de la delgadez. Y de éstas, el 73 por ciento cree que lo importante de la delgadez es para tener éxito con los hombres.

Desde los inicios de la revolución femenina, éste género ha intentado librarse de la condición sumisa que presenta ante el hombre. Pero ahora éste último ya no tiene el mismo poder sobre ellas, para ello ha buscado nuevas estrategias para lograr el sometimiento y una de ellas puede ser a través de las campañas dirigidas al consumo de la belleza, del concepto de delgadez, para que al final se vean bellas a través de los ojos del hombre.

Esta cultura de la delgadez alcanza a todo el género femenino sin importar edad, raza, nivel económico o profesión, ya que todas somos espectadoras de las imágenes y estereotipos, seamos o no parte de los medios de comunicación, y esto nos enfrenta con nosotras mismas a tener que ser más delgadas para lograr oportunidades de trabajo. Premisa que impacta a las generaciones jóvenes en busca de un mejor futuro y calidad de vida.

Bibliografía.

Notas

Davis, L. G. (1977), *Resistir a la novela. Novelas para resistir. Ideología y ficción*. (Trad. de Ricardo García Pérez). Barcelona: Debate, 2002, pp. 78-79.

Eco, U. (2002), *Historia de la belleza*, (trad. de María Pons Irazábal). Barcelona: Lumen, 2005, pp. 9-13.

Rojas Marcos, Luis: “La dictadura de la belleza”. *Fusión*. Revista mensual electrónica. Abril de 2005.

Disponible en la web

Lugones Botell, M. et al., (1977) *Sexo, cultura y sociedad*. Cuba: evolución, Sexología y Sociedad, pp. 20-22 y Orlandini, A., (1994), *El enamoramiento y las parejas*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, p. 155.

Giménez-Bartlett, A., *La deuda de Eva*. Barcelona: Lumen.